

Luis Durand especialista para reconstituir la anécdota que viene a ser el armazón de sus relatos, con el lenguaje popular captado en su más socarrona precisión, pone en boca de sus animales, la misma simbología zumbona empleada por sus hombres para sus afectuosidades, recuerdos y querellas, logrando de este modo que el lector comparta la fábula, sin renunciados de orden lógico, pues distingue en los diálogos el corte justo y la autenticidad del habla real, lo mismo que él la concibe y traslada al hocico de los animales.

El acierto ha sido logrado, seguramente, mediante una fijación minuciosa de los caracteres humanos en los personajes irracionales, de modo que hay un cerdo glotón, unas gatas murmurantes, un zorrillo travieso y alocado como un galopín y un señor don Liebre, hidalgo y muy hospitalario que siendo huaso de legítima fibra habla de «l' hora di almuerzo» y de la siestecita que se impone de ella.

Además, el protagonista muestra un apetito constante de niño goloso y un amor por la naturaleza como sólo pueden concebirlo las almas puras, que disfrutan con todas sus bellezas; con la tierra húmeda que atrae como un regazo y con los astros que salen a decorar el paisaje nocturno. Todo esto adosado en un lirismo tan espontáneo que el lector adulto o niño pasa sin transición del realismo a lo mágico, primera virtud que debe exigirse a un narrador de acciones fantásticas.

<https://doi.org/10.29393/At275-12HFLM10012>

HORAS DE FRANCIA (1)

Con este título se ha publicado un folleto en Buenos Aires que corresponde al número veinte de la colección iniciada con «Caídos en Francia», hace algún tiempo, lo que demuestra, bien a las claras, la finalidad de estas ediciones, nacidas en la cuna indiscutible del arte occidental, para demostrar la actitud

(1) Establecimientos Gráficos Esmeralda, Buenos Aires, 1947.

que corresponde a los artistas, escritores, músicos y poetas de una nación cuando la nacionalidad es violada y escarnecida.

En el tomo que motiva nuestra mención intitulado «Los grandes escritores y su labor actual», se comprueba de un modo muy directo y casi experimental, que la totalidad de los escritores franceses de renombre estuvieron contra el invasor alemán y que aquéllos impedidos para actuar en calidad de combatientes o maquis retemplaron su espíritu en una actitud cuidadosa, pero insobornable y tensa, indispensable para laborar en sus escritos donde sólo podía desahogarse la alta verdad del artista.

Así nos informamos que Jules Supervielle, aunque pasó el tiempo de la ocupación en el Uruguay, su patria de nacimiento, regresó a Francia en el año 1946, y antes vertió la agonía de su espíritu, identificado con la agonía francesa, en un poema emocionado, del cual transcribimos este dístico:

«¿Qué puede todavía mantenerse en la tierra?
¿tras de nuestra derrota, con Francia en la miseria?»

Los cronistas del folleto, afirman que el poeta Louis Aragon hizo oír su llamamiento a los poetas y a la misma poesía pero que hablase en el amargo trance en que todas las demás voces estaban amordazadas y que la poesía habló y fué oída. Aparte de su obra literaria, que incluía promesas de esperanza lanzadas, calladamente, en la tormenta, Aragon publicó en Francia misma, bajo el pseudónimo de François la Colère, «El Museo Grevin» y los poemas que figuran en los tomos colectivos de la obra «El honor de los poetas», editado por las «Ediciones de Medianoche», de Vercors, instrumento de publicidad de los escritores resistentes.

El poeta suprarrealista, André Bretón, emigró a los Estados Unidos, a fin de organizar, en ese país, determinante del futuro de la guerra, una enorme actividad que incluyó la fun-

dación de la revista «V. V. V.»; la publicación de diversas obras, la exposición de telas suprarrealistas y la defensa infatigable, por medio de la pluma y de la palabra, de los principios de su escuela estética, sintetizados en su «Tercer Manifiesto Surrealista».

En cuanto a los novelistas, a pesar de que justifica el pesimismo de algunos críticos sobre el futuro de la novela francesa, el hecho de que Julien Green, Ramuz y André Gide, se hayan dedicado a publicar «Diarios» y «Memorias», abandonando el campo de la ficción y tonificando un clima general en favor del ensayo, puede comprobarse con satisfacción que durante el año 1945, se produjeron novelas tales como el «Aurélien», de Aragón, «Les amitiés particulières», de Roger Peyrefitte, «Les chemins de la liberté», de Jean-Paul Sartre, el padre del existencialismo y «Le Mas Théotime», de Henri Bosco.

Solamente en Francia podía ocurrir que en pleno racismo germano, un escritor de renombre propugnara y obtuviera, para el menos ario de los escritores, el Gran Premio de Literatura que otorga la Academia Francesa. Fué, en realidad, George Duhamel quien obtuvo para el escritor de color René Marán, la recompensa aludida durante la ocupación alemana.

Además, George Duhamel, médico de profesión, enriqueció su copiosa y magnífica obra literaria, escribiendo a fines del verano de 1940, «Lugar de asilo», en cuyas páginas recoge una serie de relatos obtenidos en un hospital donde Duhamel cuidó a seiscientos civiles, sacados de los caminos, los campos y los bosques franceses. Luego de pretender sobornar al autor, los alemanes quemaron esta edición.

Duhamel, escribe, además, durante la ocupación, su «Crónica de los tiempos amargos» que corresponde a los años 1940-1943, y que incluye ensayos basados en «recuerdos, comentarios, elogios, meditaciones, exhortaciones, quejas...», según las propias palabras del autor. También publica un ensayo breve

escrito en 1943, que alcanza la resonancia de un himno en honor de Francia ocupada y maltratada.

Otro escritor francés, Jean Cassou, autor de «Felipe II» y «Los conquistadores», se comportó como resistente valeroso durante la ocupación y publica en «Ediciones de Medianoche», sus «Treinta y tres sonetos compuestos en secreto» que modelan, en perfecto vaso antiguo, la pureza de su espíritu galo.

Henri Troyat, nacido en Moscú en 1911, pero de formación cultural francesa y admirable autor de «Luz y Sombra», «El vivero», «Tamaño natural» que fué llevada al cine; «Clave de Bóveda», «La araña», obra divulgada en Chile, y de una biografía de Dostoiewsky, escribe, durante la ocupación, «Judith Madrier», especie de Madame Bovary moderna, cuya publicación los alemanes se apresuraron a prohibir y «La muerte hace lo vivo», novela nutrida con Nietzsche y con Freud.

Muy digna de mención es, también, Colette, la escritora parisiense, por excelencia, que siente a su ciudad y a la mujer y al hombre de París con una emoción de apretada y contenida ternura que sus lectores aman como algo íntimo.

La autora de «Maison de Claudine», había abandonado su querido París cuando la invasión, pero regresa en 1940, tras el armisticio y escribe una colección de crónicas que reúne bajo el título de «París de mi ventana» y un tomo de cuentos intitulado «Gigi».

Hace tres años apareció la novela francesa «El silencio del mar»; que firmaba Vercors, uno de los fundadores de las «Ediciones de Medianoche», instrumento clandestino para la difusión de la literatura rebelde, bajo la ocupación alemana en Francia.

Los críticos chilenos se preocuparon con minuciosidad de la obra, imaginando a través de su inexpresivo pseudónimo, que ocultaba alguna firma ya ilustre o bien un principiante dotado en forma extraordinaria.

«El silencio del mar», relata la existencia de un oficial ale-

mán, perteneciente al ejército de ocupación, que se aloja en casa de un francés que vive con su hija y sus libros. En seguida, la acción novelesca fortifica el contraste surgido entre la actitud amable del forastero vencedor y la conducta orgullosa de los buenos burgueses vencidos, que se defienden con mutismo hermético y terco.

Sin embargo, el oficial insiste en aproximarse todas las noches a los vencidos que le proporcionan alojamiento y, junto a ellos, desarrolla su interminable monólogo basado en el amor que profesa a Francia y a su cultura.

Pero los franceses no se sienten halagados con tan bellas palabras y manteniendo vivas las escenas de la derrota y la ocupación, permanecen envueltos en su implacable mutismo, hasta que, totalmente desengañado, a causa de la felonía que guiaba la propaganda de su patria, el alemán pide su traslado al frente ruso, como una manera, quizá, de suicidarse.

Con una precisión análoga a la del autor de esta novela, escribió Maupassant algunos de sus mejores cuentos, de modo que resultaba explicable la curiosidad que despertó Vercors en el mundo entero. Además, publicó en las mismas ediciones «La marcha de la estrella», «El sueño» y «Sufrimientos de mi país», logrando saberse, después de la liberación, que la personalidad de Vercors, correspondía a Jean Bruller, desconocido como literato antes de la guerra.

El nombre de Jean Bruller apenas había resonado en el campo artístico como dibujante y sus estudios en la Escuela Bréguet, lo habían conducido a la profesión de ingeniero. Determinó su pseudónimo el hecho de que, siendo movilizado en 1940, lo sorprendió el armisticio al pie del monte Vercors, en Los Alpes.

Aparte de este caso excepcional de creación literaria, ajustada al marco tradicional de la mejor novela francesa y probablemente sólo enriquecida con los elementos que amplían la expresión artística moderna, aparecen en la actual post-guerra francesa,

nuevos ismos literarios análogos al dadaísmo, expresionismo y simultaneísmo que contagiaron a la juventud intelectual después del año 1918.

Uno de ellos es el letrismo que sostiene en su primero y trascendental manifiesto: «Os imagináis que la poesía moderna está representada por las estúpidas firmas de Aragón, de Audiberti, de Emmanuel, de la Tour du Pin, etc». Nosotros no lo creemos. Y uno de sus personeros explica: «La poesía no se hace con palabras sino con letras, y nosotros somos vanguardia, pues de aquí a algún tiempo todos los poetas escribirán como nosotros».

He aquí una muestra de la poesía letrista:

Li sis li sis
 Cradoul isolavo tuss
 Na
 Na
 Sisma.

PAPELUCHO (1)

Marcela Paz, ha escrito el ameno y pintoresco diario de un niño, de un muchachito terrible, criado en hogar solvente, distanciado, quizá si por eso mismo, de la vigilancia estricta de sus padres. Pero lo que interesa es averiguar hasta qué punto, la escritura tradujo en su obra las reacciones vivas de un niño, sin ese melindre retórico que han puesto en boga algunos escritores nacionales, tratando de convencernos de su conocimiento del alma infantil. Creemos que, en ese aspecto, Marcela Paz se destaca sobre aquéllos con su diario autobiográfico de un niño que deleita y hace reír.

Sólo se advierte que la misma intención imitativa que va desde la forma, necesariamente deshilvanada, hasta el fondo, precipita, en ciertos instantes, las aventuras del relato y se des-

(1) Editorial Rapa Nui, 1948.